

Alfombra la Judicatura contrato a Telmex

A contrapelo de la máxima “el buen juez por su casa empieza”, el Consejo de la Judicatura Federal le dio un cerrón a la competencia para alfombrar la entrega de un contrato de 2 mil 400 millones a Teléfonos de México, paradójicamente el 28 de diciembre pasado, Día de los Inocentes. Estamos hablando, naturalmente, del servicio de telecomunicaciones a nivel nacional, cuyo contrato lo mantenía la firma del ramo Telecom.

La licitación se convocó a sólo un mes del vencimiento del contrato, estableciéndose condiciones que sólo el gigante del magnate Carlos Slim podría cumplir. De entrada, la empresa ganadora tendría sólo tres días naturales para darle continuidad al servicio. En paralelo, se le otorgaba un plazo de cuatro meses para la implementación total de la ruta. Y, por si fuera poco, se realizó una evaluación financiera que resultó excesiva y contraria a las normas vigentes.

Las exigencias hablaban, por ejemplo, de requisitos de liquidez y rentabilidad, cuya condición es inusual en cualquier licitación pública. Ahora que la cereza en el pastel fue de la colocación de trabas para la participación de consorcios, es decir dos o más empresas, en el concurso, lo que habría permitido equilibrar la balanza. Traje, pues, a la medida para Telmex. El procedimiento se desahogó todavía bajo la presidencia en el Consejo de la Judicatura del ministro Luis María Aguilar. Como usted sabe, el periodo de éste terminó con el año pasado, reemplazándolo Arturo Zaldívar Lelo de Larrea.

Siendo la Judicatura una instancia pública tendría el deber de fomentar la competencia, la que implica piso parejo para las empresas participantes. ¿El primero de la tarde a menos de un mes de un nuevo gobierno y su bandera de equidad y transparencia en las licitaciones públicas?

Balance general. Utilizada la figura para simular el cumplimiento de las leyes que acotan la inversión extranjera en campos como transporte de carga, mensajería y paquetería, el senador de Morena, Oscar Eduardo Ramírez, presentó una iniciativa para limitar el abuso de la figura de “inversión neutra”. La posibilidad habla de reformar el artículo 20 de la Ley de Inversiones Extranjeras. Bajo el marco, por ejemplo, es decir utilizando capital extranjero, pero según ello sin injerencia en el gobierno de la empresa, se fletan barcos para realizar labores de cabotaje, es decir transporte de mercancías o productos en el interior del país, lo que está prohibido a extranjeros.

¿Es posible un Trump menos visceral ante China?

Parece difícil, a la luz de lo que lo hemos sufrido, pero este es un momento crucial en el que el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, debe mostrar más

inteligencia y menos visceralidad. Debe ser más un estadista que un arrogante niño malcriado. Los niveles que ha alcanzado la guerra comercial entre Estados Unidos y China sí amenazan la estabilidad económica del mundo, incluida por supuesto la estadounidense. Si cree que la evidente debilidad china es un signo de triunfo para su causa y, lejos de buscar arreglos, ahonda en las diferencias, se habrá de equivocar con consecuencias catastróficas.

Está claro que conocemos los desplantes de Trump. Padecemos su desprecio y racismo hacia los mexicanos. Enfrentamos sus groserías todo el tiempo lo mismo con el muro que con los temas comerciales. Pero hay que ver que mucho tienen de razón los estadounidenses en marcar un alto a los chinos. El gigante asiático pasó rápidamente de ser el conveniente patio de ensamblaje barato de los bienes de consumo del mundo a un poderoso país que desarrolla tecnología y que posee activos financieros globales que pueden mover los mercados.

China no es un país de libertades, eso mantiene una enorme estabilidad laboral y salarial que aprecian sus fabricantes. No tiene un sistema financiero transparente, así que puede fijar su política monetaria y cambiaria arbitrariamente. Ese país ha prometido cambios radicales en sus procedimientos económicos y financieros que no ha cumplido. Pero es tan grande y tan decisiva su influencia que sus socios han tenido que aprender a vivir con esas condiciones. Ni hablar de presiones externas en materia de derechos humanos, políticos o sociales. Impensable.

Pero incluso en países como China, con todo su poderío, el crecimiento económico trae calamidades propias del desarrollo, como la necesidad de mantener tasas altas de crecimiento para que sus ciudadanos paguen sus deudas a tiempo. Ciertamente China está enfrentando las consecuencias de la guerra comercial con una desaceleración que no es nueva, pero se ha acentuado. Es pues el momento de hacer concesiones y cambios estructurales. Quizá no todos los deseables, pero sí los que equilibren las balanzas comerciales. Se ha convertido en un gran consumidor que es extremadamente abierto a las exportaciones, pero increíblemente cerrado a la entrada de productos del exterior.

Si Donald Trump se deja de tonterías como insistir que los iPhone se manufacturen en California y su gobierno aprovecha la oportunidad para balancear aceptablemente la relación comercial con China, habrá obtenido un triunfo enorme. Podrá hacerlo a tiempo, antes de provocar una recesión mundial que inevitablemente alcance a su economía. Ya hay un amplio paquete de aranceles a los productos chinos y pende sobre el comercio global una nueva fecha límite, el 2 de marzo, cuando se incrementan hasta 25 desde 10%, esos impuestos a la importación que superan los 200,000 millones de dólares.

Va muy rápido el contagio de este conflicto, basta con ver el comportamiento bursátil. Hay pues reclamaciones justas del lado estadounidense, lo que sigue es utilizar con sabiduría la posición ligeramente ventajosa que hoy tiene Washington para encontrar arreglos sensatos. Pero claro, el problema se agrava cuando

volteamos a ver quién ocupa el escritorio en el Salón Oval de la Casa Blanca.
ecampos@eleconomista.com.mx

COLUMNA DE ENRIQUE CAMPOS SUAREZ. Enero 07 del 2019

¿Recortes al gasto o mayor déficit para el 2019?

El gobierno federal debería tener en el 2019 su primera prueba económica-financiera importante para ver si realmente tiene la capacidad de administrar bien el país y cumplir sus metas. Desafortunadamente fue decisión del propio presidente Andrés Manuel López Obrador empezar el ciclo con muchas expectativas en contra, tras su personalísima decisión de cancelar el aeropuerto de Texcoco. Que no quede duda, acabar con esa obra será un lastre para toda su administración y pesará en su historia como presidente.

Por lo pronto, lo que hay es un discurso de la Secretaría de Hacienda de disciplina fiscal y respeto a las decisiones monetarias por parte del Banco de México que deberían llamar a la tranquilidad para transitar estos 12 meses del primer año de López Obrador. Pero hay razones para la desconfianza. La cancelación del aeropuerto es una básica. Pero, también, lo justo que quedó en el papel el Paquete Económico para este año que no se permite márgenes de error.

Las mañosas administraciones anteriores jugaban con la subestimación para darse algo de espacio hacia finales de cada año. Éstos no, se hicieron un traje tan justito que, para ponerlo en términos de la temporada, esos botones del saco presupuestal ya no aguantarían los tamales de la Candelaria. La Secretaría de Hacienda había ya mandado un traje ajustado, con una estimación de aumento en la recaudación tributaria en términos reales de 3.8% respecto al estimado para el 2018, pero los “expertos” del Congreso aumentaron esta estimación hasta 4.6% en términos reales con lo que dejaron el traje económico embarrado como leotardo.

Otro problema que tiene el Paquete Económico es que recarga el gasto social en programas asistencialistas que no contribuyen al crecimiento económico. Pretenden gastar en el bienestar de sus clientelas políticas con recursos que se destinarán al consumo final, con pocas opciones de generar un retorno productivo. Hay pues un discurso responsable de la Secretaría de Hacienda que se contrapone a la realidad de un Paquete Económico sostenido con alfileres para su cumplimiento.

La gran interrogante es cuál de las dos visiones prevalecerá a lo largo del año para mantener la salud macroeconómica del país. Si prevalece la visión del secretario de Hacienda, Carlos Urzúa, quien señala que uno de los objetivos más importantes de la política económica de un país es la sustentabilidad del balance fiscal y la deuda pública. Y claro, que entiende el entorno externo desfavorable.

Pero, al mismo tiempo, está la visión presidencial que no requiere muchos tecnicismos para explicarse y se puede resumir en esta frase: me canso ganso. Si al paso de los trimestres no se cumplen las metas de ingreso y se exceden los gastos en los programas sociales se tendrá que tomar la decisión de aplicar recortes a ese

gasto para mantener la salud. O bien, incurrir en un déficit mayor para no frenar la dadivosa cartera de los programas estrella del sexenio.

Si todo les cuadra como quedó en el papel, los milagros existen. Pero si hay que hacer ajustes en el camino, ¿cuál será la salida, la disciplina macroeconómica o gastar en lo prometido, cueste lo que cueste? ecampos@eleconomista.com.mx